

F  
RD  
2837  
e.2



DISCURSO DEL CIUDADANO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA  
DOMINICANA EN EL ACTO DE INAUGURACION DE LA XXI  
REUNION DE GOBERNADORES LATINOAMERICANOS, DE ESPAÑA  
Y FILIPINAS ANTE EL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL  
Y EL BANCO MUNDIAL.-

F  
RD  
2837  
e.2

Señores:

A nombre del Gobierno de Concentración Nacional y del pueblo dominicano, tengo el honor de expresarles nuestro más cordial saludo y brindarles una calurosa acogida en este país donde tenemos a orgullo recibir a los visitantes extranjeros como amigos, y más que amigos, como hermanos. En especial, tratándose de una conferencia tan relevante cual es la XXI Reunión de Gobernadores Latinoamericanos, de España y Filipinas ante el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, la República Dominicana se siente complacida con la presencia de tan ilustres invitados.

El temario de esta Reunión está orientado hacia el establecimiento de la posición de nuestros países ante dos organismos financieros internacionales. Las connotaciones de la época que vivimos, sin embargo, exigen una visión y un cuidado especiales. Todo el mundo está de acuerdo en que existe una crisis económica global. Esta crisis se originó en los países industrializados y ha estado actuando durante cierto tiempo. Para remediarla hemos de aplicar correctivos que no sean sólo los adecuados, sino que se enmarquen dentro del sistema financiero internacional de una manera realista.

Cuando, como resultado de la Conferencia de Bretton Woods, se establecieron el Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, los problemas no se visualizaban en su óptica total, ni se tomaba en consideración la situación política mundial. Estas instituciones fueron creadas básicamente para velar por los intereses de sus países miembros, la mayoría de los cuales eran avanzados. En aquella época, una parte de los países en desarrollo no eran independientes, otros no se hicieron miembros y, por esa razón, sus legítimos intereses no estuvieron representados. La falta de estos elementos distorsionó parcialmente el funcionamiento de esas instituciones, y lo que inicialmente se suponía ventajoso para los desarrollados no representó un beneficio tan sustancial ni para ellos ni para los países más pequeños.

El Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial funcionaron de una manera predecible y contribuyeron al proceso de recuperación de la post-guerra, en el cual se basó la prosperidad de las décadas de los años sesenta y setenta, aunque esta prosperidad se limitó a unos pocos. La opinión de los países con voto predominante y monedas de reserva en estos organismos prevaleció en lo que respecta a movimientos de capital, liquidez internacional y tipos de cambio. Las depresiones

que se originaron en aquella época no fueron graves y pudieron superarse con relativa facilidad, pero no ha sido así en los tiempos actuales en los que el largo proceso de recuperación ha resultado ser traumatizante para muchas de nuestras naciones.

Las economías de algunos de los países grandes se están recuperando. Esperamos que esta recuperación nos alcance a los demás, los débiles, que hemos sido tan duramente golpeados por la problemática vigente. Confiamos en que se incremente el financiamiento hacia nuestros países, con el fin de restaurar el balance externo a un nivel elevado de actividad interna.

El Fondo Monetario, en primer lugar, requiere hoy en día recursos fundamentalmente mayores de los que dispone, a fin de jugar un papel más activo en los procesos de ajuste que esa misma entidad está propiciando, y que convenimos son necesarios aún en el caso de que no fueran impuestos. Al mismo tiempo, mayores recursos darían a los países flexibilidad para acomodar sus políticas con una tónica expansionista. Únicamente se podrá lograr el equilibrio externo con altos niveles de producción interna si se incrementan sustancialmente las disponibilidades del Fondo Monetario Internacional.

De igual manera, sería necesario que se amplíe la liquidez internacional a través de asignaciones adicionales de Derechos Especiales de Giro. Las

reservas de muchos países son inadecuadas en relación con su volumen de operaciones, y este factor impide el reestablecimiento de la credibilidad por parte de los países acreedores, añadiendo costos a la importación y perpetuando las presiones por una reducción de las compras que realizan los deudores. En las circunstancias presentes, en que se han aliviado las presiones inflacionarias, la liquidez internacional se ha contraído y continúa creciendo el comercio exterior, una asignación prudente de DEG sería muy conveniente no tendría consecuencias inflacionarias. De esa manera, los países en desarrollo podríamos tener acceso a una cantidad limitada de liquidez no condicionada, junto con las reservas condicionales del Fondo.

Desde hace tiempo, los países en desarrollo venimos reclamando la asignación de Derechos Especiales de Giro para elevar nuestras reservas y lograr las metas del desarrollo. Los países industrializados, en cambio, acentúan el carácter del Fondo Monetario como una institución netamente de política monetaria, cuyo objetivo no debería ser puesto en peligro por una sobrecarga de política desarrollista.

Teniendo en cuenta que muchos de nuestros países, no solamente los que participan en esta Reunión, sino

también de otros continentes, podríamos confrontar, en la década actual y la de 1990, dificultades de adaptación que sobrepasen en mucho nuestra capacidad de crédito, tendría que accederse a la vieja exigencia de los países pequeños, es decir, la interconexión entre los Derechos Especiales de Giro y la ayuda al desarrollo. Esto podría lograrse sin alterar la naturaleza del Fondo ni crear inflación, mediante una adecuación de las aportaciones al Fondo Monetario Internacional.

El Banco Mundial, por su parte, está en esencia orientado hacia el desarrollo. En este aspecto ha seguido siempre nuevos caminos, como son por ejemplo sus créditos de adaptación estructural, mediante los cuales se financian paquetes completos de proyectos con las políticas concomitantes. La entidad está consciente, sin embargo, de que con los instrumentos clásicos de ayuda a proyectos no es posible colocar grandes volúmenes de recursos en los países receptores. Y estos son precisamente los volúmenes que hacen falta.

Habría que insistir en la reposición de fondos en el Banco Mundial y en sus subsidiarias, la Corporación Internacional de Fomento y la Asociación Financiera Internacional, en especial esta última, que asiste a los países de menor desarrollo relativo.

Para los países de bajo ingreso, no hay sustituto a la ayuda económica oficial: la inversión directa es insuficiente y la deuda privada les agobia. De ahí la importancia de la AIF, que es el mayor canal disponible para la ayuda concesionaria a dichos países. Cuando se administra bien, la ayuda para el desarrollo puede fortalecer las instituciones económicas, facilitar la implementación de mejores políticas, aumentar la productividad de los recursos internos y reducir la pobreza.

Como respuesta a la necesidad de adoptar difíciles decisiones de política existente en muchos países, el Banco Mundial debiera dirigir una mayor proporción de sus fondos a apoyar tales decisiones urgentes. Una estructura de incentivos que ayude a reducir las barreras del comercio, por ejemplo, promoverá la instalación de nuevas y más eficientes industrias, con nuevas y mejores oportunidades de empleo. Para ello resulta imprescindible el financiamiento externo que apoye el ajuste estructural.

En el mismo tenor, el Banco Mundial podría identificar y supervisar una mayor cantidad de inversiones de alta calidad en los países en desarrollo, e igualmente, tomar prestado en los grandes mercados de capital para ampliar sus disponibilidades. Para que puedan expandirse en concordancia con las necesidades de ésta y la próxima década, las entidades internacionales tienen que

ser capitalizadas.

Al finalizar mis palabras, y en aras de mantener una visión realista en los debates de este cónclave y, sobre todo, en los que le seguirán en la ciudad de Washington, permítasenos advertir el riesgo de proponer decisiones, pretextando competencias y oportunidades. Los gobiernos nos hemos dado organismos internacionales para concertar multilateralmente políticas económicas, comerciales, financieras y de desarrollo. Utilicemos al máximo nuestro poder de acción.

Señores Representantes: las ideas y sugerencias que hemos tratado de exponer no son imaginativas. Se fundamentan en la historia, y en los argumentos que esgrimieron los principales economistas del mundo al proclamar la necesidad del progreso general de todos los pueblos como base de la prosperidad universal. Las hemos venido expresando, además, en los foros y documentos más trascendentales donde se han tocado estos temas en los años recientes: la Plataforma de Buenos Aires, la Declaración y el Plan de Acción de Quito, el Consenso de Cartagena, y la recién finalizada reunión de Buenos Aires sobre endeudamiento externo. Y seguiremos reclamando con firmeza lo que indispensablemente necesitamos para subsistir y crecer.